

**ESCRITORES ESPAÑOLES EXILIADOS EN FRANCIA.
AGUSTÍN GÓMEZ-ARCOS**

NARRADORES ESPAÑOLES SOBRE AMÉRICA

Santos Sanz Villanueva
Universidad Complutense

Instituto de Estudios Almerienses
1992

NARRADORES ESPAÑOLES SOBRE AMÉRICA

Santos Sanz Villanueva
Universidad Complutense

Hace bien poco, uno de nuestros recientes escritores más reconocidos, José María Merino, se expresaba de una manera rotunda: "es proverbial —escribía— la ausencia del *tema americano* en la ficción literaria española"¹. No le falta razón al autor de *La orilla oscura* y lo confirma una somera auscultación de la última o penúltima narrativa castellana —a la que me ceñiré en las páginas siguientes—, en la cual solo de manera esporádica aparecen motivos americanos. En los novelistas hoy mayores se podría decir que surgen de modo accidental o, desde luego, ocasional: en el Cela de *La Catira* (novela venezolana motivada, además, por un lucrativo encargo)² o de *Cristo versus Arizona*; en el Delibes del *Diario de un emigrante*; en el Torrente de *Guadalupe Limón*. En las últimas promociones, también resultan inusuales esos ambientes trasatlánticos, que hallamos en solitario en ficciones de José María Conget (*Quadrupedumque*) o de Rafael Sender (*Tendrás oro y oro*).

No será completa la relación precedente —por desconocimiento o desmemoria— pero aunque se alargara hasta hacerla exhaustiva, tampoco,

1. José María Merino, "Una memoria certera", *El Sol*, "Los Libros", núm. 83, 24/I/1992.

2. Véase al respecto, por ejemplo, la explicación que ofrece Camilo José Cela Conde en *Cela, mi padre*, Madrid, Ed. Temas de Hoy, 1989.

me parece, ocuparía mucho más espacio³. Si esta mirada a la narrativa reciente se extendiera algo hacia atrás, el estado de la cuestión daría un resultado parecido, aunque, también es cierto, en ese ayer algo más distante figura un libro que compensa de otras muchas defecciones: me refiero, por supuesto, a *Tirano Banderas*, la pionera y excelente novelación de Valle Inclán. Esa ausencia que Merino califica de “proverbial” debe matizarse, sin embargo, porque, en el conjunto de las letras castellanas de la postguerra son no pocos los textos y considerable el nombre de los autores españoles que han llevado sus ficciones hasta los parajes de la otra orilla atlántica. Unos han situado la acción en tierras que han significado, desde antiguo, para un europeo un mundo lleno de exotismo, misterio, aventura y quizás posibilidades de riqueza. Otros, en cambio, no sólo las han utilizado como escenario sino que las han convertido en motivo último de la reflexión del escritor.

La relativa abundancia de asuntos americanos en la narrativa española del último medio siglo tiene una causa fortuita y dramática: el multitudinario exilio de hombres de letras republicanos que encontraron el más acogedor de los recibimientos precisamente en la otra orilla del Atlántico, muchos de los cuales dirigieron sus pasos al Sur, y otros más se establecieron en el Norte. Una nómina cabal —si es que hoy resulta posible establecerla— no ya de los narradores exilados sino de quienes, de entre estos, frecuentaron la materia de América —por decirlo con expresión caballeresca— nos ocuparía un espacio excesivo y no la expondremos porque existe un minucioso recuento de Marielena Zelaya Kolker que da cabal noticia de la amplitud del fenómeno⁴.

Se ha dicho que, en principio, los narradores exilados estaban, ante todo, preocupados por el drama español y que sus invenciones les llevaban con preferencia a repensar España. Es cierto, me parece, que, en términos generales, esa fue la gran inquietud de las novelas del exilio. Y era lógico, porque después de un cataclismo como el de 1936 resultaba urgente poner claridad en un pasado que desembocó en la lucha civil y explicar —explicar-

3. Tengo noticia, por ejemplo, de que Tomás Cabot aborda la presencia misionera española en *La reducción*, pero no conozco la obra.

4. Marielena Zelaya Kolker, *Testimonios americanos de los escritores españoles trasterrados de 1939*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

se y explicarnos— por qué la propia guerra había seguido los derroteros que desembocaron en la derrota. Por eso existe tanta novela histórica —de historia entonces reciente— en el exilio. Pero junto a esa apremiante temática, se encuentra, y desde muy temprano, una considerable materia americana. Ya en 1940, cuando sería esperable que recientes y hondísimos conflictos —colectivos, ideológicos y familiares— le estimularan a uno de los mayores novelistas exilados, Ramón J. Sender, a hurgar en ellos, da a conocer uno de los títulos suyos más olvidados —y, a mi juicio, de los más emocionantes y atinados—, *Mexicayolt*, que no trata de España sino de América. Es más, ni siquiera de una América hispana sino de una mitología precolombina. Luego volveré a citar este singular conjunto de narraciones porque antes resulta conveniente recordar la amplitud de la materia americana en el escritor aragonés, que le ha llevado a tratar la geografía de aquel continente a lo largo y ancho de sus cuatro puntos cardinales y a través de toda la historia: de Perú o México a Estados Unidos; de tiempos prehispánicos al presente de Nueva York.

El nombre de Sender nos sirve para ilustrar una condición que afecta a otros cuantos de los narradores del exilio: ser autores que podríamos calificar, con expresión coloquial, de ida y vuelta, que tanto se proyectan sobre la Península como se dedican a la temática americana, aparte de cultivar otros asuntos. Algo parecido a lo representado por Sender podríamos ejemplificar con Manuel Andújar. Si una gran nota común afecta al conjunto de la novelística del autor de *Vísperas* es su pasión por España, la reflexión e iluminación de los “lares y penares” de las Españas, con ese plural que él y su amigo José Ramón Arana estamparon en la cabecera de una de las más interesantes publicaciones culturales del exilio. Pues bien, este narrador que ha concentrado tantos esfuerzos en esas “vísperas” de la contienda y en la propia guerra, inicia su novelística —y ello en el exilio— no con una anécdota española sino con un personaje situado en México, que vive unos agudos conflictos existenciales en un contexto social y cultural mexicano. En ello se detiene el núcleo argumental de *Partiendo de la angustia* (1944).

Así pues, no resulta exacto decir que el tema americano esté ausente —ni por cantidad ni por calidad— de las letras españolas. Lo comprobaremos aduciendo títulos y nombres propios. En ocasiones me limitaré a una enojosa mención de datos; en otras agregaré comentarios a los textos citados o apostillaré la voluntad de los autores. Empezaré, para dejar liquidado el

asunto, por unos casos no abundantes pero sí muy curiosos, los de algunos narradores españoles que se apartan de la realidad española y se entregan a conflictos estrechamente vinculados con las circunstancias históricas de los nuevos países de residencia. Clemente Airó ha centrado sus libros novelescos —por ejemplo *Yugo de niebla* (1948), *La ciudad y el viento* (1961)— en Colombia y en ellos ha abordado los problemas sociales e históricos de este país. Luis Blanco Amor se convirtió en intérprete y apologeta de un periodo reciente de la historia cubana en *Doña Velorio* (1960) y *Ciudad rebelde* (1967). ¿A qué literatura nacional pertenecen ambos autores? Tan absoluta es su identificación americana que de pleno derecho les corresponde ser incluidos en las de sus respectivos países de adopción. Cosa que, por cierto, ha ocurrido también con algunos otros autores que no han renunciado a sus vinculaciones peninsulares, caso del citado Manuel Andújar, que figura a la vez en diccionarios biográficos españoles y mexicanos.

No es habitual ese rasgo encarnado por Airó o por Blanco Amor. Con mayor frecuencia los novelistas españoles se sienten atraídos por algunos aspectos específicos del mundo americano. El del exotismo es uno de los más importantes. De nuevo la mención de Sender se hace obligatoria. Esa obra suya recordada, *Mexicayótl*, ostenta en su emblemático título un término que en lengua mexicana significa, según el propio autor, “canción de México”. En él pretendió definir “la naturaleza virgen mexicana” mediante una serie de relatos fantásticos, con animales, con el fondo del desierto, el lago y el volcán —elementos que alcanzan un valor de paradigma del paisaje mexicano— y con tipos y ritos prehispánicos. Lo mágico y la tradición oral se dan la mano en unas historias que hablan de la fascinación del aragonés por esa tierra, que se impregnan de emociones —y también de terrores— y que alcanzan algunos de los acentos líricos más intensos de su prolífica obra. Algo también de esa magia y exotismo que arranca de creencias ancestrales está en el fondo de una de las novelas senderianas más singulares y valiosas, *Epitalamio del Prieto Trinidad*. Un ambiente lujurioso y unas arrebatadoras pasiones conforman el entramado de un relato que por momentos se vuelca hacia un testimonialismo de la crueldad y en otros se dispara hacia las regiones en que el mito se impone a la existencia cotidiana.

El exotismo de las ficciones americanistas tiene bastante de tributo y de rendición emocional ante una naturaleza salvaje y fascinante: no pocos españoles —desde los mismos lejanos tiempos de los primeros cronistas de In-

días— mostraron su deslumbramiento frente a una geografía imponente en sus ríos, en sus bosques... Al otro lado de esta actitud se encuentran quienes, sin atender tanto al paisaje, han tratado de hablar de las gentes y de la organización de la colectividad, lo que origina una buena gavilla de asuntos, que van desde el carácter de la conquista hasta el intento de explicar la nueva realidad americana a partir del sustrato hispánico. Acaso sea este último tema, el del encuentro de culturas, el más sugestivo para un escritor europeo, a la vez que el más difícil de abordar. Sería esperable que en las letras de esta orilla atlántica acerca de la otra se hubiera desarrollado con amplitud, densidad y frecuencia, pues pocos asuntos tan atractivos parecen presentarse para un fabulador, sobre todo si tiene orígenes peninsulares y, sin embargo, la cosecha, hasta donde se me alcanza, es bien parva, al menos en cantidad. Cuenta, sin embargo, y aparte de otros títulos que luego mencionaré, con una ambiciosa saga de Salvador de Madariaga, “Esquiveles y Manriques”, en la que el polifacético ensayista y creador abordó nada menos que el muy conflictivo asunto del mestizaje.

“Esquiveles y Manriques” constituye una extensa serie de recreación histórico legendaria que se prolonga desde los tiempos inmediatos anteriores al descubrimiento de América hasta el siglo XVIII. Ese dilatado proyecto —redactado a lo largo de un cuarto de siglo— cambió de plan en varias ocasiones y en su estado definitivo —que, por desgracia, no completa el último diseñado por el autor— consta de cinco títulos. Las raíces históricas de la serie se encuentran en *El corazón de piedra verde* (1942), compuesto, a su vez, de tres “Libros” (“Los fantasmas”, “Los dioses sanguinarios” y “Fe sin blasfemia”). Las ramificaciones de los Esquivel y los Manrique, las dos familias castellanas que enfrentan el conflicto —más la descendencia resultado del mestizaje con los primitivos pueblos de América— ocupan los cuatros restantes: *Guerra en la sangre* (1956), *Una gota de tiempo* (1958), *El semental negro* (1961) y *Satanael* (1966). El conjunto de estos libros relata las vicisitudes de esas dos familias en América a lo largo de trescientos años y se agrupa en tres series dedicadas, respectivamente, a sus andanzas durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Los cuatro primeros volúmenes se refieren al siglo XVI. La tercera incluye tan sólo *Satanael* y se emplaza en el siglo XVIII. De la segunda, la que debiera ocupar el siglo XVII, no llegó a escribir ningún tomo.

El libro más complejo, más ambicioso y más logrado de todos es *El corazón de piedra verde*⁵, el cual, además, da idea de todas las claves de la concepción literaria, ideológica y cultural de la serie. Los Esquivel representan, en la España prerrenacentista, el mundo del judaísmo hispano, converso pero mantenedor en secreto de sus íntimas creencias. Los Manrique, el de los cristianos viejos. Y ambos encarnan la convivencia multirracial, religiosa y cultural de la España medieval, puesto que, además, un ascendiente del Manrique protagonista del primer volumen es judío converso. Ambas familias llegan por distintos caminos a México en los tiempos iniciales de la conquista y pronto el Manrique casará con una princesa de aquellas tierras —el primer matrimonio entre un castellano y un indio—, lo que hace más denso el entramado multirracial. Tras los varios centenares de páginas de *El corazón...*, la historia se cierra con el nacimiento de un nuevo Manrique, un “señor hispano-azteca” (p. 643), y finaliza con estas palabras que no pueden ser más significativas:

Y el niño Rodrigo Manrique-ha Levy-ben-Omar-Nezahualpilli estaba intentando meterse en la boca el corazón de piedra verde (p. 644)

Ya en la primera página de la siguiente novela, *Guerra en la sangre*, Madariaga recuerda el mestizaje sobre solar americano de la vieja estirpe castellana:

[Don Alonso miraba el suelo] del palacio de Nezahualpilli cuya sangre corría por las venas de sus hijos, juntos [sic] con la judía de su madre, la goda de sus abuelos paternos y la mora de una de sus abuelas (p. 23).

Aspectos distintos hay que considerar en esa amplia serie: la reconstrucción histórico legendaria, el sustrato ideológico que convierte a tal fabulación en una especie de novela de tesis (adjetivación que es aplicable al conjunto de la narrativa de nuestro autor) y, por supuesto, las cualidades específicamente literarias y formales. Por el carácter de la serie, la recons-

5. Utilizo las siguientes ediciones: *El corazón de piedra verde*, Madrid, Espasa Calpe, 1975; *Guerra en la sangre*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971; *Una gota de tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971; *El semental negro*, Madrid, Espasa Calpe, 1984; *Satanael*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966. Cuando hago citas literales pongo entre paréntesis la página según la referidas ediciones.

trucción histórica merece un primer comentario. Este tipo de novelas que se emplazan en épocas pretéritas suelen implicar una paciente recreación histórica. En el caso de Madariaga, tal labor no es una inevitable condición sino que podemos sospechar razonablemente que el proceso ha sido contrario o, cuando menos, paralelo. De su estudio y conocimiento del pasado hispanoamericano ha surgido esa necesidad de inventar una ficción que diera explicación imaginativa de lo que constituía hipótesis que él había ofrecido en libros de investigación y de interpretación histórica. Así, no podemos olvidar análisis como *Cuadro histórico de las Indias* (1945), *El auge del Imperio español en América* (1956) y, sobre todo, sus biografías de Cristóbal Colón (*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, 1940), *Hernán Cortés* (1941) y *Bolívar* (1951). Estas constituyen, desde el punto de vista de la perspectiva historiográfica, una especie de cañamazo ideológico sobre el que también bascula la serie novelesca y en alguna, en particular en la de Cortés, alcanza el autor virtualidades narrativas semejantes y aun superiores a las de las propias ficciones. De todas maneras, se encuentran tal cantidad de datos políticos, sociales, culturales, religiosos, institucionales... en "Esquiveles y Manriques" que sería necesario que un experto diera testimonio de su veracidad histórica. Acaso en el detalle hallara algún descuido o alguna manipulación —por completo lícita en quien escribe una ficción y no un estudio— con propósitos expresivos, quizás las nuevas aportaciones del americanismo obligaran a revisar datos menudos, pero tenemos la impresión de que el cuadro es en lo sustancial auténtico. Es más, desde un punto de vista literario debemos decir que resulta convincente, real y lleno de vida. Y eso es lo que importa, pues el mismo Madariaga había relativizado hasta la parodia la certeza del conocimiento histórico en *La jirafa sagrada*.

Los cuatro volúmenes de la primera serie ramifican la historia de las dos familias antagonistas (pero complementarias, de manera inevitable, por el apriorismo ideológico del autor) a lo largo de la centuria en que se lleva a cabo la conquista y colonización de la América hispana. *El corazón...* refiere, sobre todo, el encuentro entre las dos culturas y la unión de ambas, no obstante el carácter de imposición militar del dominio sobre los mexicanos. El tono del libro va de un cierto lirismo, empleado para exponer el encuentro y fusión de ambas civilizaciones, a un acento épico, utilizado para narrar las proezas de un buen puñado de conquistadores, y, sobre todo, de Cortés, una de las figuras más atractivas y de más relieve del volumen. *Guerra en la sangre* se explaya sobre la colonización, pero su punto de vista fundamental,

al que alude el título, es el de los conflictos —terribles en algunos casos— que genera el mestizaje y, por decirlo con fórmula que ha prosperado en fechas recientes, la búsqueda de señas de identidad de uno de los descendientes de esa mezcla de sangres, perdidas en aquella mezcolanza de pueblos.

El escenario pasa al Perú virreinal en *Una gota de tiempo*, que vuelve al doble acento de *El corazón...* El épico, en este caso, se centra en los sangrientos enfrentamientos entre conquistadores, de quienes destaca, por su interés literario e histórico, la figura de Pizarro. El lírico enfoca una historia de amor entre un Manrique y una princesa inca que, en buena medida, es una duplicación del encuentro sentimental entre los señores castellanos y mexicanos del primer tomo: seguimos en el ámbito de una intencionada recreación de la mezcla de sangres. *El semental...* amplía, en cierto sentido, la acción precedente con nuevos conflictos de enfrentamiento y complementariedad de civilizaciones y también con una dramática historia de amor. La saga de los Esquiveles y Manriques sigue en estos volúmenes: aquéllos ya incorporados al aparato administrativo y comercial del Imperio (un Esquivel doctor, otro oidor, un tercero acomodado comerciante...); éstos, mantenedores de la vieja hidalguía castellana (al margen de las malas artes y de las ambiciones personales de algunos conquistadores) y perpetuando el ejemplo de la convivencia de razas. De esta manera, los cuatro volúmenes, más que historias independientes de la presencia hispana en América durante el siglo XVI son como una doble versión de un mismo planteamiento en dos ámbitos geográficos diferentes mas no distintos.

Desarrollar con plenitud ese amplísimo proyecto histórico obliga al autor —a Madariaga y a cualquier otro que hubiera acometido tan ambiciosa empresa— a hacer concesiones literarias. Primero porque ese vasto panorama no es solo una reconstrucción costumbrista e histórica inocente —si bien jugosa e interesante— sino que obedece a una idea motriz previa, la de analizar y reivindicar el proceso de mestizaje del pueblo americano. Es a lo que antes me he referido como sustrato de novela de tesis. Para ello Madariaga tiene que forzar los hechos y los personajes mediante un fantascamiento quizá excesivo. Ya señalé Eugenio G. de Nora⁶ algunas de esas limitaciones y comenté cómo el autor se obliga a un casuismo no del todo convincente. Ello es muy llamativo en *El corazón...* Puesto que Madariaga quiere mostrar

6. En su conocido estudio *La novela española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1958.

la inestabilidad del encuentro de la cultura occidental —española— con la americana, el enlace del Manrique con la princesa india, Xuchitl, es soñado y entrevisto por ambos y la novela mostrará cómo se cumple dicha visión premonitrice. Los dos, además, consumarán mediante el matrimonio lo que podemos llamar el primer contrato de plurirraciedad y, así, adquieren un carácter simbólico. Por otra parte, el lector percibe un cierto mecanicismo en la aparición simultánea y paralela de un Manrique y un Esquivel en años y lugares tan distintos. Siempre cada uno en el dominio público que le corresponde por su clase social, pero siempre también con alguna vinculación especial. Incluso, en el último tomo de toda la serie, al que ahora me referiré, vuelve a aparecer en el siglo XVIII el fantasma de la persecución inquisitorial por judaísmo que ya había llevado a la hoguera a uno de los Esquivel en *El corazón...* Tantas casualidades y coincidencias —al margen de que a veces la vida imite a la literatura y lo más inverosímil pueda suceder en la realidad— despiertan recelos en el lector, quien no puede por menos de pensar en un autor manipulador de una realidad probable por mor de una ficción ejemplar. Lo cual resulta, por otra parte, obvio, pero que un novelista que trata de reconstruir una realidad literaria autosuficiente tiene que evitar con sumo cuidado.

Esta manera de concebir el desarrollo novelesco —con lo que tenga de forzado— no ha de impedir que se aprecien los méritos de la saga. Por ejemplo, el casi siempre acertado suspense que lleva al lector a esperar el desenlace de unas historias que le arrastrarán como suelen hacerlo las de la narrativa tradicional. Por ejemplo, también, el espectáculo fascinante de la recreación de las creencias y de las formas de vida de las culturas primitivas de América. Pero no sólo eso. Cuando Manrique convierte a Xuchitl al cristianismo, a una fe de caridad y de amor, ello implica una superación de las bárbaras prácticas de las primitivas religiones de los mexicanos, incluidos los multitudinarios sacrificios humanos. Pero luego ella descubrirá con estupefacción que la realidad práctica de la gente que profesa esa religión de amor no es casi —en cierto sentido— menos cruel que la que ella ha desterrado de su corazón, con lo cual plantea el grave problema de la justificación moral del proceso de desculturización radical que supuso la colonización española. Madariaga no ahonda más en él, no por descuido sino porque no quiere hacerlo, pues ello contrariaría su postura global respecto de la positiva presencia hispana. Particular importancia, dentro de este ámbito de cuestiones, posee la historia de uno de los hijos americanos de Manrique, el cual,

por haber sacado los rasgos físicos dominantes de la madre mexicana, parece un indio y, a pesar de su noble apellido, tiene dificultades entre el grupo dominante de los conquistadores. De este modo hace plástica Madariaga la cruel realidad de los mestizos. El desarrollo novelesco, por otra parte, es imaginativo al hacer que el muchacho busque la afirmación de su personalidad acaudillando la oposición indígena a los nuevos dominadores y reivindicando las creencias de la cultura sojuzgada.

Todo este nudo de problemas obliga a sentimentalizar tanto la acción como los personajes para darles encarnadura dramática, y ésta tal vez sea la mayor limitación literaria de la serie. En alguna ocasión se roza el melodrama y en otras se apela a registros ternuristas. Pero, en conjunto, son recursos lícitos, si bien un tanto extremados, a causa del deseo de Madariaga de hacer comprensible por la emotividad una problemática sobre la que ya había ofrecido su propia visión como historiador. Y, al contrario de lo que antes hizo en otras novelas suyas —acentuar el elemento especulativo hasta dejarlo en la mayor desnudez, por ejemplo en la segunda parte de *Arceval*— ahora prefiere, si se puede así decir, ilustrar con historias vivas, hasta lacrimógenas, un conflicto histórico. Un conflicto que, dicho sea de paso, tal vez constituya unos de los aspectos básicos de la relación entre España y América.

Ochenta años cuenta ya Madariaga cuando se publica *Satanael*. Es de esperar que por esa avanzada edad y por el tiempo transcurrido desde que comenzó la ideación de "Esquiveles y Manriques", el libro sea bastante diferente a los anteriores de la serie. De ninguna manera estoy sugiriendo una hipotética caída en la capacidad literaria del escritor sino una transformación de sus objetivos y de sus métodos. Creo que, en efecto, así es. En apariencia nos encontramos con los mismos personajes y con un ambiente semejante. El Manrique de ahora es Marqués refinado y terrateniente que vive en Caracas, miembro de la oligarquía local y bienquisto de la corte madrileña. El Esquivel de turno es un angustiado sacerdote, hijo del administrador de las posesiones del Marqués y patrocinado de éste, en cuya mansión sirve como capellán. Incluso hallamos la inevitable mezcla de sangres, ahora todavía más compleja, aunque parezca difícil: rizando el rizo, Madariaga hace que el sacerdote no sea hijo de quien le da el apellido sino del propio Marqués. Así, a través de los siglos vienen a desembocar en una sola familia los lejanos descendientes de aquellas dos castas que se enfrentaron

sañudamente en la Península. En cuanto al ambiente, presenciamos el impacto de la Ilustración en tierras americanas, encontramos al Marqués dialogando con Bolívar, escuchamos los ecos del pensamiento de Rousseau (por si fuera pequeña la mezcla de formas de pensamiento que van acumulando los personajes, como símbolo de una tradición cultural, este joven Esquivel, sacerdote además, se llama Juan Jacobo). Por otra parte, el tomo alcanza un cierto aire de conclusión, de cierre de toda aquella saga que tal vez indique la entrada de América, en vísperas de la Independencia, en una conflictiva y degradada contemporaneidad. Por parte de los Manrique, el desenlace de la historia tiene algo de un fin de raza encarnado en la muerte del Marqués, víctima inocente de una enfermedad secreta. Por parte de los Esquivel, a causa de la desaparición del narrador, Juan Jacobo, que expresivamente deja trunco el final del relato.

Todos estos elementos forman parte de esa visión general que constituye la esencia de "Esquiveles y Manriques", pero la transformación a la que aludía líneas arriba es patente en que todo ello, sin dejar de tener importancia, está al servicio de otro tipo de novela y de otra problemática; de hecho, parece como si América fuese el escenario no del todo indiferente pero sí independiente de un problema especulativo, el de la fe cristiana y su confrontación con la radical maldad del mundo. Es más: el relato nos dice de modo expreso que se trata de la historia de un proceso de perfección personal. Algo así como si Madariaga, agotada la descripción de la suma de sangres que llevan al mestizaje, tuviera particular interés en volver a sus propios orígenes literarios, aquellos que llevaban a Arceval a cultivar su camino de perfección. Pero esta inclinación hacia una problemática individual no resta trascendencia a lo que el libro aporta a las hipótesis generales de la serie: una defensa del papel de España —harto controvertible desde otras perspectivas— en la colonización de América y un dibujo global de la evolución del Imperio hispano en vísperas de su decadencia. Por eso la saga novelesca admite una comparación y un paralelismo con el contenido de la tres biografías citadas, según las interpreta E. González López⁷:

La tercera biografía de Madariaga, *Bolívar*, tiene un carácter no solo distinto, sino opuesto a las otras dos, pues mientras en es-

7. E. González López, "Salvador de Madariaga, historiador del descubrimiento y colonización de la América española: Las biografías", en César Antonio Molina, ed., *Salvador de Madariaga*, La Coruña, 1987, pp. 166-167.

tas trataba de reivindicar la obra colonizadora de España, la cual, con Cristóbal Colón, exploró y colonizó las Antillas y parte de la costa de Tierra Firme, y, con Hernán Cortés, conquistó y colonizó el primer imperio indígena del continente americano, en *Bolívar*, por el contrario, después de presentar el alto grado de civilización al que había llegado el Imperio Español en América, consagra la parte principal de la biografía de Bolívar a desmitificar este héroe de la independencia americana, destructor de la unidad del Imperio y perturbador de la evolución de esa cultura hispánica, que para Madariaga sufrió un retroceso con su independencia.

Diversos perfiles del descubrimiento, conquista y colonización de las Indias han delineado otros narradores españoles recientes. El dominio sobre las tierras recién descubiertas en su dimensión menos amable, la de una empresa militar implacable al servicio de la Corona, de la religión o de oscuros intereses particulares, ha sido trazado en varias ocasiones. Así, a uno de esos conquistadores al borde de la enajenación, a Lope de Aguirre, motivo frecuente tanto de la ficción como del cine, dedicó Ramón J. Sender una crónica llena de color y de sangre, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. Pero más que ese texto, muy conocido, por otra parte, me interesa recordar ahora una de las más recientes novelas españolas, la de Juan Rey, *Un hombre cualquiera* (1991), un libro cargado de intención (y hasta de intenciones). Nos traslada el autor a esa España poderosa y arruinada en la que el hambre llevaba a los desheredados del campo a la peligrosa aventura de América. En este caso es un extremeño de mediados del siglo XVI quien decide cruzar el Océano para ver si mudando de lugar mudaba de fortuna, por decirlo con las definitorias palabras finales del Buscón. En las Indias, se alista en las filas de Pizarro para buscar un Perú que no conseguirá alcanzar.

Rey noveliza la otra cara de la gesta americana: no la de los capitanes gloriosos y ahítos de caudales sino la de los miserables que arriesgaron hasta su vida movidos por la más prosaica y perentoria necesidad. Buena parte del libro la ocupa la expedición peruana y no hace de ella la crónica de una aventura admirable; al contrario, ofrece un desgarrado sucederse de penalidades y egoísmos. La propia figura de Trujillo está vista en esas últimas fronteras que hacen de un ser humano un tipo desalmado y enloquecido, un tanto de la estirpe terrorífica del mencionado Lope de Aguirre. Toda la

novela está transida de dolor y amargura con unos fines desmitificadores que, por otra parte, exponen la desmesura trágica del descubrimiento y colonización del continente americano. Para el autor, aquella hazaña tiene una dimensión humana —para nada entra en sus perfiles culturales, políticos o religiosos— y habla de los penares de muchos de sus desventurados protagonistas por boca de uno de ellos. Detrás queda, sin embargo, la responsabilidad de quienes regían el destino de un Imperio con tan desacertados criterios que causaron esa sangría humana. Novela histórica, pues, la de Rey con carga de denuncia y soporte de tesis que explica, por un lado, la ausencia de costumbrismo colorista (salvo el imprescindible al referirse a una Sevilla abigarrada y a unas Indias exóticas) y, por otro, el estilo, sin rasgos del castellano de la época.

La cuestión del mestizaje, ya señalada antes a propósito de Madariaga, centra, no sin significativas variaciones, otros textos novelescos. Aparece como un elemento fundamental de una saga de José María Merino, quien, por cierto, no es en esa en la única ocasión en que ha emplazado un relato sobre tierras americanas. Este es el escenario de *La orilla oscura* (1985), cuya trama principal se sitúa en aquel continente, aunque termina por remitir a los orígenes leoneses del protagonista. Dicho escenario, sin embargo, no es mucho más que un lugar idóneo para un tema de desdoblamiento y se diría que no cambiaría mucho su desarrollo si el asunto estuviera localizado en otra latitud. Ese carácter de espacio no indiferente del todo pero sí intercambiable se subraya a la luz de lo que ocurre en su trilogía *El oro de los sueños*, (1986), *La tierra del tiempo perdido* (1987) y *Las lágrimas del sol* (1989). La acción se sitúa en América y en los primeros tiempos de la conquista hispana. Merino cuenta la historia de un muchacho, Miguel Villacé Yólotl, cuyos apellidos ya nos indican su carácter mestizo (en efecto, es hijo de español y de mexicana), que protagoniza diferentes aventuras que reconstruyen con habilidad el ambiente de la época. El relato —en el que, sin duda, está presente la fascinación del escritor por las crónicas de Indias—, sin propósitos espúreos —didácticos o moralizadores— está lleno de atractivas anécdotas, de amenos episodios, de curiosos e interesantes tipos. Las peripecias de Villacé recuperan un relato en el que lo sustancial es contar episodios que nos prenden y nos tienen el ánimo pendiente de lo que sucede. Ello se logra con el buen arte de narrar del escritor. También por la verdad del mundo que recrea (aunque imaginario, está sostenido sobre una buena documentación). Y no menos, en fin, por el acertado empleo de viejos recursos de

la literatura popular. En el terreno del contenido, Merino se socorre sin mala conciencia de raptos, peligros mortales, amores contrariados, escenarios exóticos y fascinantes, sorpresas imprevistas, acciones que parecen ir para un lado y terminan en otro. En el de la forma, el capítulo se corta en un momento importante de la acción...

La amenísima historia relatada en esta trilogía no debe entenderse como específica literatura juvenil —lo que podría limitar su sentido y ambición— sino que se trata de novelas de acción que, sin renunciar al puro placer de contar —meta primordial, por otro lado de los tres libros—, hablan también de otras muchas cosas, como cualquier novela de cualquier tiempo (incluso, en *La tierra del tiempo perdido* se dedica una parrafada a ese asunto y se anota con toda intención “que no hay literatura inocente”). No se refiere la serie explícitamente a un sentido de la conquista americana, pero por supuesto que está en la obra y constituye una propuesta bastante nítida. Frente a quienes han visto en la empresa colombina y en sus consecuencias la aniquilación de unas culturas primitivas y la explotación material de unos pueblos antiquísimos, Merino hace que se encuentren en *Las crónicas mestizas* —intencionada etiqueta con la que más tarde, 1992, ha rebautizado el autor la trilogía— dos civilizaciones que se fusionan para crear en el primer relato, mediante el personaje de Miguel Villacé Yolotl, un protagonista mestizo, mezcla fecundadora de sangres.

Otra perspectiva bien distinta del mestizaje es la que surge en un ámbito creativo muy peculiar, el de la narrativa hecha fuera de España por escritores hijos de exilados republicanos. Uno de ellos, Angelina Muñiz, suscita la cuestión que quiero anotar. Esta narradora hispano mexicana, salida de España a una edad muy temprana —ella y sus compañeros de promoción eran niños o adolescentes al acabar la guerra civil—, ha desarrollado tanto su biografía como su obra por entero fuera de su país natal. Esta aparente desconexión con la Península no implica que el tema español le sea indiferente, ni mucho menos. Al contrario, Muñiz evidencia unas inquietudes que constituyen algo así como la otra cara de la moneda de la preocupación americana de los exilados: vuelve sus ojos hacia una realidad que no es la suya, pero que puede ofrecer un sentido a su vida.

Los dos primeros libros novelescos de Muñiz —*Morada interior* (1972) y *Tierra adentro* (1977)— coinciden en su emplazamiento espacio-temporal, la España de la segunda mitad del siglo XVI, y en una reivindicación del judaísmo. En *Morada interior* es Teresa de Jesús quien monologa y sus

confidencias nos llevan a descubrir unas torturas de conciencia debidas a sus antecedentes judíos. La voz de la protagonista, que desdobra la de la escritora de Avila, se subleva ante los ajusticiamientos de la Inquisición y proclama: "Renegué de la fe: para mí todos ellos eran mártires más grandes que los mártires. Santos más grandes que los santos" (p. 36). El protagonista de *Tierra adentro* es un muchacho, Rafael, hijo de judíos toledanos perseguidos, torturados y ajusticiados por la Inquisición. Su trayectoria novelesca consiste en un recorrido por diversas tierras que termina cuando se establece entre los sefarditas. Rafael concluye tajante: "Sé que allí viven los judíos españoles que, como yo, eligieron volver a nuestra tierra" (p. 173). En ambos libros, pues, se desarrolla el tema de la búsqueda de unas raíces fundamentales, que se plasma en el vibrante decir de la protagonista de *Morada interior*: "No es que me desespañolice, sino que busco las raíces, las verdaderas y profundas. Esas raíces que cuesta trabajo encontrar, que duele desenterrar y que temen la luz del día" (pp. 62-63). Muy significativo resulta este planteamiento que, desde América, realiza un escritor español. Pero yendo todavía un poco más allá, no debemos despachar con ligereza —o como importante pero simple dato anecdótico— el problema del judaísmo porque, aunque la autora no lo enfoque desde esta perspectiva, conduce a un asunto que antes he mencionado, el de la pluralidad multirracial de los españoles, el profundo mestizaje de la cultura hispana. No es casual, me parece, que esta perspectiva venga de un autor afinado de América y que de alguna manera remite a una reflexión lúcida sobre el mestizaje hispanoamericano. Y, por enlazar con lo que antes apuntaba, no es casual que quien más ha ahondado en este punto de vista sea el mencionado Madariaga, un español con vocación universalista que, sin embargo, nunca dejó de interrogarse por sus raíces hispanas.

Vemos, por tanto, como el mestizaje se convierte en uno de los motivos persistentes de los relatos españoles que enlazan las tierras continentales y peninsulares. Aún más: esas ficciones constituyen un eslabón de un fenómeno de mayor amplitud, la percepción del mestizaje como una de las condiciones básicas de la cultura contemporánea. Recordemos, por ejemplo, cómo Juan Goytisolo ha reivindicado un tipo humano más libre, al margen de las convenciones, un paria que es el resultado de culturas distintas y entremezcladas. No evoco el nombre de Goytisolo sólo para ejemplificar esa reivindicación de unas razas mezcladas sino porque él ha ofrecido otra versión del mestizaje hispano. Ya en *Señas de identidad* (1966) aparece la figura del antecesor

que siembra la isla de Cuba de hijos naturales, resultado de la lujuria incontinente del explotador español (más tarde Luis Goytisolo, en *Estatua con palomas*, 1992, ha recordado la frecuencia del apellido Goytisolo en la isla caribeña). Pues bien, Juan, el descendiente de aquel depredador caribeño parece haber compensado las fechorías de su antepasado tanto por las singulares figuras que centran sus libros novelescos posteriores a *Señas de Identidad* como por haber propugnado para sí mismo casi una condición mestiza hispano árabe.

En este recorrido por algunos autores y títulos de las letras recientes de la orilla española y su vinculación con la americana posee importancia también la contribución peninsular a uno de los temas característicos y medulares de la literatura hispanoamericana, el del dictador. Si Valle Inclán fue, como antes dije, pionero en este asunto, no han faltado meritorias aportaciones posteriores. No están a la altura de otras grandes ficciones hispanoamericanas firmadas por Carpentier o García Márquez, por ejemplo, pero sí tienen dignidad y, sobre todo, patentizan una curiosa variedad de perspectivas. Un enfoque humorístico aportó Gonzalo Torrente Ballester en *El golpe de Estado de Guadalupe Limón*, donde el quiebro se hace no sólo colocando en el epicentro de la asonada a una mujer sino al disparatado dispositivo conspirador descrito y a los infrecuentes procedimientos subversivos narrados. Esta supuesta crónica histórica, situada en un paisaje con gauchos y los Andes al fondo y en una época poco posterior a las guerras de la Independencia, da una versión paródica del tema del dictador que se salda, sin embargo, con acentos reconocibles en la mayor parte de las novelas que puedan inscribirse en esta especie de subgénero: una visión negativa del poder, el cual, al final, después de numerosas intrigas y percances, permanece en las mismas manos de siempre. Algo de humor y de ironía hay, también, en las dos novelas de Francisco Ayala, aunque al servicio de una interpretación moralizadora de la vida. *Muertes de perro* (1958) y *el Fondo del vaso* (1962) enlazan la denuncia política con la crítica social. Es en el primero de los títulos donde se abordan las recónditas razones del dictador, ese mundo turbio del inconsciente que lleva a una persona a sojuzgar a las demás. Ayala hace una aproximación en la que, sin olvidar el testimonio de una degradación colectiva, se aventura por los caminos más intemporales de la psicología.

No ha sido el precedente repaso exhaustivo ni mucho menos. Otros escritores y otras obras debieran haber hecho acto de presencia. Tendríamos

que haber recordado las vivencias de María Teresa de León en *Memorias de la melancolía* (1970), que no es ficción pero alcanza una notable expresividad en la exposición de sus vivencias americanas junto a Rafael Alberti. Y deberíamos haber mencionado un relato, olvidado pero muy interesante, de José Ramón Arana, "Xangó. Pasión y muerte del negro Blas" (recogido en *Cristo Ray*, 1980), sobre los últimos momentos de un dominicano, Blas, víctima de un poder policial. También es preciso dejar constancia de cómo América aparece como escenario del discurrir de los propios españoles exilados por aquel continente que les dispensó tan generosa acogida. Dos tonos pueden distinguirse: uno grave y solemne; otro, leve y desenfadado. El primero lo encarna muy bien *Cita de fantasmas* (1984), de Manuel Andújar, en la que el hijo de un exilado en México emprende una investigación que le permita descubrir la clave de una muerte en los tiempos de la guerra. Ese hilo argumental sirve para indagar las relaciones entre dos generaciones de españoles y para romper unas barreras de incomunicación, a la vez que presenta una visión crítica del cerrado mundillo de los exilados. El tono humorístico lo hallamos en, por ejemplo, en *El cortejo*, de Simón Otaola, o en *La verdadera muerte de Francisco Franco*, de Max Aub. Otaola es más ácido: Aub, en este título, más jocoso, pero ambos textos muestran cómo también los autores españoles supieron percibir con actitud enjuiciadora y crítica lo que representó su presencia —tan altisonante, a veces— en la sociedad americana de los años cuarenta y cincuenta.

Este recorrido puede cerrarse con un nombre, el de Segundo Serrado Poncela, de inevitable mención y que aporta una muy polémica interpretación de la realidad americana. Tiene Serrano Poncela en común con otros narradores mencionados la ambientación caribeña, en una línea mágica, de *La raya oscura*. Pero, sobre todo, me interesa ahora *Habitación para hombre solo* (1963), en la que destaca el amplio periplo americano del protagonista. Este es un exilado republicano que, primero, recalca en América del Sur. Luego, lo vemos compartir habitación con una norteamericana en Manhattan. Al fin, perseguidos ambos, acaban en México, cerca de la frontera estadounidense donde el relato termina con presagios negativos. Se trata de una historia de compleja realización técnica puesta al servicio de una amarga visión de la soledad que tiene dimensiones existencialistas pero que no resulta ajena al espacio en el que se desarrolla y que puede tener algo en común con el otro libro de relatos citado: una de las constantes del testimo-

nio americano de Serrano Poncela, al entender de Marielena Zelaya⁸, es “la corrupción del alma europea por los americanos”.

No está ausente, ni mucho menos, como espero haber mostrado, la “materia americana” en los narradores españoles próximos⁹. Y es, además, suficientemente variada: unos muestran la sorpresa ante lo exótico; otros se integran en una problemática social y política nacional. Varios, en fin, utilizan la ficción para hallar las raíces de los individuos y de los pueblos y proclaman algo bien difícil de negar: el profundo mestizaje de la cultura americana y española¹⁰.

Coda en el año del centenario

La no insólita pero siempre precaria materia americana entre los narradores españoles podría haberse incrementado notablemente con motivo de la celebración del quinto centenario del Descubrimiento. Pero parece que ni siquiera esta propicia circunstancia ha estimulado a nuestros novelistas. Sin embargo, unos cuantos títulos han de añadirse a esta fecha a la magra nómina que se desprende de las páginas anteriores. Su escueto número no es obstáculo, sin embargo, para apreciar en ellos una variedad de tendencias y, desde luego, una coincidencia: más que el acento de la epopeya —por muy arriesgados que sean los sucesos que se refieren—, lo que sobresale cinco siglos después de la empresa hispana es la memoria de derrotas y frustraciones.

Este último es el planteamiento que sobresale —en coincidencia con la también reciente y ya citada ficción de Juan Rey— en Manuel Villar Raso, quien se ocupa en *El último conquistador* (1992) de una de las tardías proezas hispanas, la que pretendió someter las míticas Californias. José de Gálvez centra esta interesante novelación histórica: se refiere, por un lado, y como eje de la acción, su recorrido colonizador en el último tercio del siglo

8. M. Zelaya, ob. cit., p. 103.

9. Otro título más puede añadirse a los mencionados, aunque deje para otra ocasión el dedicarle una parrafada: Santiago Araúz de Robles, *De cómo Enriquillo obtuvo victoria de su majestad Carlos V* (1984).

10. Una versión un poco más breve de este artículo se ha publicado en un número especial -El 92: literaturas de España y América- de la revista *República de las letras* (32-33, enero-abril, 1992) dedicado a las relaciones literarias de España y América con el título “Letras en las dos orillas”.

XVIII; se presenta, por otro, el carácter del personaje, mezcla de idealidad, aventurerismo, codicia y hasta locura. Pero tanta importancia como la figura de Gálvez cobra el entorno de aquella postrimera gesta americana. Villar Raso lleva a cabo una especie de compendio de motivos habituales de estos relatos de Indias. No se le escapan las raíces sociales y económicas de tantos descubridores y soldados de fortuna (lo dice uno de los personajes: en España, o te saltas los sesos o te embarcas). No ignora la mezcla de avaricia y utopía que impulsaba empresas suicidas: la búsqueda de Eldorado, el mito de las ciudades construidas de oro. Agrega, además, un componente visionario y una moderada dosis de fantasía a las hazañas de los expedicionarios. Trata también el problema del encuentro de culturas.

De este racimo de asuntos casi canónicos se obtiene un resultado novelesco valioso gracias a una atinada composición narrativa. Cuenta la historia un compañero de Gálvez, lo que permite variedad de opiniones sobre el desarrollo de la empresa californiana, justifica una actitud negativa basada en el despecho y explica la vivaz impresión del sentimiento de fracaso. Articula, además, el autor, una apasionada historia de amor, entre otras, que es soporte muy firme de los conflictos del mestizaje. En fin, rehuyendo la arqueología histórica o lingüística —y sin evitar que se le escape algún desliz—, utiliza un relato tradicional, con leves recursos renovadores, que parece muy propicio para referir una aventura en sí misma apasionante.

Dos bien distintas son las contribuciones americanistas de Vicente Muñoz Puelles, y ambas muy singulares y curiosas. La primera, *El último manuscrito de Hernando Colón* (1992), es una novela breve y provocadora. Con el clásico recurso del texto hallado, el autor adjudica uno inédito al hijo del descubridor, Hernando Colón. El propio Almirante es el protagonista del relato, cuyos últimos tiempos se reinventan dentro de un clima de sugestiva alucinación. El libro, pues, tiene que ver con una tendencia de la reciente moda de la novela histórica, aquella en la que predomina la pura invención con una alta dosis de creatividad. Que la obra se refiera a personaje tan insigne y que imagine una América hispana imposible sólo hace añadirle un aliciente más.

Hay que reconocer que Millán Puelles desarrolla un relato de exigente intensidad que se asoma al inquietante mundo de la personalidad. Sin reparos utiliza recursos fantásticos que le sirven para entrar en esas zonas oscuras de la locura, de la pérdida de la identidad. Con todo ello, escribe un libro

curioso e inquietante, aunque también algo extraño. No lo digo con sentido negativo, porque en esa extrañeza, en esa peculiaridad radica su acierto y su atractivo.

Que el autor está dotado de unas buenas dotes de narrador lo demuestra el otro libro suyo reciente, *Tierra de humo* (1992), también insólito, aunque por diferentes razones. Alguien se refiere al final de la obra a la impostura de novelizar la historia. En esas palabras, escritas como de pasada, puede estar la clave de la actitud de Muñoz Puelles al contar los pasos dados en el descubrimiento y dominio del Estrecho de Magallanes y sus tierras aledañas desde la prehistoria hasta fechas recientes.

Carezco de información para saber si todo lo que se dice está históricamente documentado, pero sospecho que así ocurre en la mayor parte del relato. Este, pues, sería un libro de historia regional, pero su lectura es tan sugestiva e interesante como la de una ficción de corte histórico. Quiero decir que tiene cualidades narrativas para leerse como una especie de amena e irónica epopeya —a pesar de su amarga crónica de genocidios, expolios y fracasos mil— en torno a una tierra que puede alcanzar casi una dimensión simbólica. Al final, poco importa cual sea su género en una época que se precia por liquidar sus fronteras. A lo mejor tienen razón aquellos que sostienen que la historia no es ciencia sino narración. El buen pulso narrativo de Muñoz Puelles convierte en relato por momentos apasionante la historia de la Tierra Fuego y la de sus exploradores.

Otro personaje insigne de la historia americana, José Martí, ocupa *El libertador en su agonía* (1992), de Andrés Sorrel, y con él se cubre uno de los aspectos más desatendidos dentro de esa precaria materia americana, el de la independización de la metrópoli. No es nueva en Sorrel su aproximación a la figura de Martí, a quien antes había dedicado varios libros ensayísticos de los que es deudora la presente obra, la cual también depende de una concepción del relato histórico como maestro de la historia, con utilidad para el presente.

Parte el autor de un nombre insigne y respetado tanto en su vertiente de político como de creador, lo cual facilita las cosas (la polémica estaría asegurada, en cambio, si se tratara de un Bolívar). Quiero decir que la actitud de elogio de Sorrel hacia Martí no plantea problemas respecto del tratamiento del personaje y el autor puede dedicarse sin argucias ni justificaciones a una semblanza admirativa. Demasiado quizás, ya que una novela no debiera

esconder las oscuridades del ser histórico retratado: yo ignoro cuáles fueron y hasta si las hay, pero echo en falta alguna limitación que incluso serviría de contraste engrandecedor.

Sorel ha preferido esa otra perspectiva más unilateral y a ella supedita toda la narración, cuyo resultado es un emotivo y vibrante relato, a medio camino entre la ficción y la biografía. La dimensión novelesca depende de unos comedidos recursos: sitúa a Martí en el momento mismo de su temprana y heroica muerte con la intención de intensificar ese propósito panegírico; lo retrata mediante la información proporcionada por un personaje que lo trató directamente y que se socorre con escritos del propio libertador; en fin, quien relata lo hace desde nuestros días, lo que da al cubano una dimensión actual. La base de la ficción, sin embargo, es historia real y documentada.

Esta semblanza de Martí se fija en algunos aspectos íntimos del libertador (por ejemplo, en su ternura como padre), pero, sobre todo, realza su personalidad pública: algunas tribulaciones, su lucidez y valentía como luchador, su fervorosa defensa de la libertad. Estos últimos rasgos son los que prevalecen y en los que se detiene el autor para hablarle al lector de ahora. No otra cosa era esperable en una escritura siempre comprometida como la de Sorel, en la que, desde la figura de Martí, se refiere al momento actual: así, pone en boca del personaje su esperanza de que un día España y Cuba se encuentren "en los caminos de la libertad". También, en otro momento, el narrador se refiere al año 92 y a sus "artificiales fuegos". Estos no lo serán tanto si el polémico Centenario sirve para proclamar la dignidad del olvidado Martí, de quien, después de leer el retrato de Sorel, podría decirse lo que Cervantes se aplicaba a sí mismo: "aprendió a tener paciencia en las adversidades".

